

Inútil creemos y ajeno á nuestro propósito traer aquí los testimonios, ora favorables ora adversos á la evolución por fases, ya que no es el peso de la autoridad sino el de sus argumentos el que ha de buscarse en esto. Como en los capítulos precedentes, habremos de exponer, después de lo indicado, algunos puntos de ampliación en la materia:

a) La teoría de las *fases* hállase, lo hemos dicho ya, en estrecha relación con la de la unidad lingüística, pero sin subordinación absoluta á ella, como es fácil colegir. Debe, pues, distinguirse en orden á la cuestión: 1.º, el *hecho* y la realidad histórica que presenta el material lingüístico como objeto de las *fases*, porque en el aspecto de las lenguas se apoyan las teorías sobre la cuestión, si bien pudiera ser verdadera la evolución por fases aunque no existieran hoy idiomas constituidos en grados diversos; y pudiera haber

que una misma se repita en muchos idiomas, para favorecer sus conclusiones.

En cuanto á probabilidades de que palabras semejantes en diversos idiomas proceden de un centro común, es aceptable, dentro de los mismos procelimientos de la Filología comparada, la norma que ya establecía el matemático Young, y que encontramos reproducida desde Wiseman, el primero que la divulgó, utilizándola también Quatrefages, entre otros antropólogos. Para aquel sabio inglés, de la existencia de una palabra que aparece igual en varios idiomas, no puede concluirse que aquella palabra tenga un mismo origen; la probabilidad en favor del parentesco sería de tres contra uno, cuando existen dos palabras iguales; de más de diez contra uno cuando hay tres; seis palabras darían una probabilidad de diecisiete centenares contra uno; y de más de cien mil cuando hay ocho. De suerte que en tales casos la probabilidad apenas difiere de la verdad. Adviértase que este cálculo se refiere solamente á la comunidad de origen de palabras semejantes en distintos idiomas, los cuales por circunstancias ajenas á su primitiva formación pudieron muy bien tomar palabras comunes.

Cuando entre dos lenguas las desemejanzas constituyen la excepción, puede concluirse por el anterior procedimiento, que existe parentesco entre los idiomas; pero cuando se verifica lo contrario, cuando la excepción está constituida por las palabras iguales, los idiomas comparados no tienen común origen. Esta regla aplicada á las leyes de la *etimología* y de la *morfología* simultáneamente (aplicación que sería muy posible y racional) hubiera de resultar incomparablemente más segura y de más generales consecuencias.

grados diversos en las lenguas sin que se diese aquella evolución; 2.º, el carácter de las teorías que estudien las fases, ora a) como absolutamente necesarias en el orden genético de todas las lenguas; ora b) como meramente posible en todas ellas y existente en algunas; c) finalmente, como reales ó posibles dentro de grupos determinados, suponiendo troncos lingüísticos independientes, y en los cuales la evolución de unos se hiciese independiente de la de los demás, sin suponerla ni negarla en ellos. Por eso puede sostenerse la teoría de las fases ya admitiendo, ya negando un común origen de todas las lenguas; puede sostenerse un común origen de las lenguas y admitir una aplicación limitada de las fases; y pueden suponer troncos lingüísticos irreducibles, sin negar la unidad primitiva, de los cuales en unos haya tenido lugar la transformación por fases y en otros no.

Por esta independencia del problema de la unidad primitiva de las lenguas, y del de las fases, resultan completamente ineficaces y estériles los esfuerzos de todos los filólogos que combaten la unidad originaria del lenguaje fundados en que juzgan imposibles las fases mencionadas, así como también los de los que rechazan la teoría de las fases porque no admiten un centro común lingüístico primitivo.

Por lo que hace al aspecto que ofrecen las lenguas en orden á la evolución por fases, se deduce de lo que dejamos dicho al hablar de la *clasificación* de las lenguas, puesto que dada la existencia de tres tipos lingüísticos en cada uno de los cuales es nota dominante (no exclusiva) el monosilabismo, la aglutinación ó la flexión, se da el material capaz de las fases indicadas; y si en las lenguas monosilábicas existen casos de aglutinación y tendencia á ella; en las aglutinantes, casos de flexión, y en las de flexión ejemplos de aglutinación, y de movimiento ya aglutinante ya monosilábico, la teoría de las fases tiene un fundamento real, que no pueden fácilmente destruir los adversarios de ella. La existencia de lenguas aglutinantes en las cuales se hizo la aproximación de elementos distintos en otro tiempo, que conservan aún vestigios manifiestos de su independencia, y los ejemplos análogos que de una manera menos visible, pero real, presentan las lenguas de flexión al análisis científico, bastan para probar

que, cualquiera que sea la amplitud y extensión que á dicha doctrina evolutiva se le conceda, es de aplicación concreta en la formación de los idiomas; porque no existen lenguas aglutinantes sin elementos aglutinados, ni lenguas flexivas sin elementos diversos que se fundieron en una palabra ó se desarrollaron en ella. Partiendo del principio que el entendimiento tiende á imprimir á la palabra el carácter de simplicidad que revisten sus actos, y del hecho que las palabras son sonidos aislados entre sí, y naturalmente complejos, se ve la necesidad de admitir un movimiento convergente de los diversos elementos orales, que ha de reflejarse necesariamente en la formación de la palabra, y que en sus diversos estadios presenta variantes múltiples, resumidas en sus líneas generales en la clasificación que dejamos establecida. *Tesis, antítesis y síntesis*, pudiéramos decir, reduciendo á límites razonables la fórmula hegeliana, constituyen en el lenguaje las etapas de su historia, que el entendimiento mismo recorre en la serie de *ideas, juicios y raciocinios*: porque la forma vaga, general é indeterminada del concepto abstracto tiene su materia en las lenguas isolantes; la limitación y subordinación de ideas que ofrecen las palabras en la aglutinación con la aproximación del elemento de relación á la raíz, se contrapone en cierto modo y es la antítesis de dicho primer estado; en el tercero se sintetizan los elementos que la aglutinación presenta aún sin verdadera fusión.

No es esto decir que en cualquiera de las categorías lingüísticas deje de ser expresado el concepto convenientemente en cuanto lo permite la condición de *signo sensible*, sino que la *disposición* y manera de los sonidos para expresar un mismo concepto es muy diversa en cada grupo de lenguas. El chino, á pesar de su tendencia á la aglutinación reuniendo palabras de las cuales una determine á la otra (1), y recu-

(1) El eminente sinólogo Estanislao Julien hace notar que los numerosos compuestos que existen en el chino (los cuales hacen menos propia la denominación del *monosilabismo*), son una prueba, no de que sea lengua aglutinante, sino de su tendencia á la aglutinación. Son frecuentes los casos de *yuxtaposición* de dos palabras análogas, para obtener un sentido determinado, como:

ken-youen (raíz-origen), significan unidas. . . comienzo.

riendo á las palabras *vacías*, que ó perdieron su significación concreta para servir de parte de la oración (en chino, no existen las verdaderas partes del discurso), ó conservan todavía su carácter de palabras *llenas*, al mismo tiempo que son susceptibles de ser usadas como palabras *vacías*; á pesar de la especie de unión *oral* de palabras distintas que suele efectuarse más ó menos en los varios dialectos hablados de dicha lengua (no de otra suerte que se verifica en el pronunciar rápido de otros muchos idiomas), y de que en los mencionados dialectos, se dan algunas derivaciones con analogía de casos (en el dialecto de Shanghai, *woda*, palabra, hace el genit. *woda-ka*, dat. *pelawoda*, acus. *tant-woda*), con todo ello dista notablemente y no puede en manera alguna confundirse la formación del chino con las lenguas indo-europeas.

En las lenguas monosilábicas ó isolantes como el chino, los conceptos se expresan por palabras puestas en la frase sin ser modificadas, cualquiera que sea la idea y relación que se intente significar.

La raíz pasa á ser palabra, sin que venga á consumarse en el cuerpo de esta raíz alteración fonética alguna, y con sólo conseguir de una manera extrínseca á ella (por *yuxtaposición* de otra raíz *llena* ó *vacía*, por la *posición* del conjunto ó por *circunloquio*) que la idea que domina al que habla se *concrete* de alguna manera en la raíz *indeterminada* que ha de utilizar, y sirva de esa suerte para hacer presente al espíritu del que escucha, dicha idea, la cual muchas veces se presenta no como expresada, sino en aptitud de ser adivinada. Lo que

<i>youen chi</i> (origen-comienzo),	significan unidas	. .	principio.
<i>mei-miai</i> (hermoso-notable),	" "	. .	bello.
<i>mei-li</i> (bello-elegante),	" "	. .	hermoso.
<i>yong-i</i> (asequible-fácil),	" "	. .	fácilmente.

A este tenor existen otros muchos compuestos; en general, dos palabras distintas que tienen una significación común, pueden reunirse para ser empleadas en el sentido en que concuerdan, cual si fuesen una sola; dos palabras que tienen significación diversa, pueden dar reunidas una tercera significación; dos expresiones concretas de significación contraria pueden formar juntas una significación abstracta. Por este procedimiento, que dista mucho de la flexión, se han formado las palabras *vacías*.

un latino expresaría con la palabra *legimus* (que descomponemos en *leg*, acción de leer, *i*, futuro del acto, *m*, sujeto del acto, *s*, pluralidad de agentes), traduciríase en una lengua isolante por *ego-multitudo-legere-habere-postea*, ó de modo análogo. La unidad de la palabra es en dichas lenguas, al contrario de lo que sucede en las indo-europeas, esencialmente simple é inorgánica, porque es la misma raíz rodeada de otras raíces que no han perdido su autonomía, y conserven ó no su propia significación independiente, no se han fundido en una sola palabra con la raíz á que se agregan para modificarla (1). De todo esto resulta: *a*) que (comparando palabra con palabra) si en las lenguas indo-europeas las palabras sirven para construir la frase, en chino á la inversa, la frase es la que da ser á las palabras como tales, pues fuera de ella son simples sonidos capaces de ser determinadas en varios

(1) De aquíes que no basta el simple uso de palabras vacías para decir al chino lengua comparable al indo-europeo; pues á más de que se usan palabras *no vacías* como elementos de determinación, desempeñando papel capital la posición del conjunto, no se nos ofrecen los elementos auxiliares ni en la gramática ni en el diccionario ni en la mente del que habla como un todo subsistente con la raíz que modifica, como sucele en los idiomas arios. Las palabras vacías son el camino de abandonar el amorfismo, pero no constituyen al idioma en la categoría de flexión ni aun de verdadera aglutinación, y mucho menos no siendo procedimiento único y que excluya en estas palabras auxiliares toda significación peculiar como palabra *llena*. Sin ser exacto lo que dice Schleicher en *Las lenguas de Europa*, que es una simple tentativa, accidental en chino, el uso de palabras auxiliares para llevar la lengua á otra categoría, es verdad que este fenómeno, como el de las palabras compuestas, sobreviene á la indigencia monosilábica; de igual suerte que á tales procedimientos de transición, suceden, en convenientes circunstancias, otros más perfectos hasta llegar á los grados que pueden distinguirse en la flexión. Sin dar á la *ley de posición* de palabras la importancia que le atribuye Steintal, bien puede suscribirse lo que este dice en su *Charakt. der hauptsächlichsten Typen d. Sprachbaues*: "El chino piensa más allá de lo que existe en su lengua; pero la lengua china obliga al espíritu á poner en ella aquello que la misma no dice de una manera expresa. Por su ley de posición, no sólo expresa suficientemente la forma gramatical, sino que dispone también á advertir las formas lógicas (sujeto, objeto, predicado, atributo)."

sentidos; de aquí que no tenga el chino partes de la oración verdaderas, ni su gramática verdadera Morfología, que tan importante es en indo-europeo, por lo mismo que en las lenguas de esta familia cada palabra conserva su categoría fuera de la frase sin convertirse jamás en raíz; *b*) que (comparando raíces con raíces) si en indo-europeo las raíces tienen significación vaga y generalísima capaz de incorporarse en *órdenes diversos* de palabras, y dentro de cada *orden* en todas las categorías gramaticales, ó partes del discurso que admita la lengua, las raíces chinas no tienen ese grado de indeterminación sino dentro de *un orden* concreto de significaciones, y para desempeñar únicamente el oficio de las diversas categorías dentro del mismo orden en el discurso; porque son más que raíces, palabras de significación determinable. En parangón con nuestras palabras, un vocablo chino aislado dista en absoluto de la significación concreta de ellas; en parangón con las raíces indo-europeas, dista mucho de la indeterminación de éstas para formar diversas series de voces; es una palabra generalísima que puede, sin modificarse fonéticamente, aparecer modificada en el sentido al formar la frase (1). *Ta*, en chino, significa grande, grandor, grandeza, grandemente; todas estas significaciones, si bien de *un mismo orden*, constituyen palabras distintas en indo-europeo, y por lo mismo *ta*, como palabra, no es comparable á la palabra de nuestros idiomas en la determinación. Por el contrario, una raíz indo-europea *tej*, p. ej., puede significar en palabras sánscritas, griegas, latinas, etc., no sólo la idea de *llamarada*, sino también otras de *diverso orden*, como la de *cauterio*, *brillantez*, *ardor*, *energía*, *vigor* moral ó físico, etc., lo cual no acontece con los vocablos chinos cuando se consideran como *raíces*. Es indudable que á primera vista parecen existir en

(1) Entiéndase, pues, que al hablar de *palabra* y *raíz* en las lenguas isolantes, no queremos dar á tales expresiones el mismo sentido que tienen en nuestras lenguas, sino designar por analogía con ellas el elemento inmutable de la locución en cuanto se considera eslabonado en la frase y por lo mismo con oficio de nuestras palabras y partes de la oración, y en cuanto se considera fuera de ella, y por lo mismo indeterminado, de un modo semejante al que nos figuramos la raíz antes de ser incorporada en nuestros vocablos.

chino muchos ejemplos de significaciones incomparablemente más diversas que las de la raíz aria indicada; *chu* puede significar *señor, cocina, columna, etc.*; *po*, significa *jabalí, vieja, esclavo, cerner arroz, romper, regar, etc.*; pero en todos estos casos no se trata en rigor de *un mismo* vocablo que tenga tan varias significaciones, sino de muchos vocablos *distintos en el sonido*, que tienen un mismo signo gráfico. El *chu* y el *po* tienen su *entonación* y pronunciación distinta en cada caso, y por consiguiente, son palabras distintas con su distinta significación, siquiera se escriban de la misma manera. En todos los idiomas existen más ó menos palabras que teniendo un mismo signo gráfico, distan mucho entre sí por su significación; de éstas, gran parte suelen ser fonéticamente iguales, como sucede con los *homónimos*, y las hay también que sin distinguirse apenas fonéticamente, se escriben de distinta manera, así en griego εἰμι yo soy, y εἶμι yo voy, en latín *hesternus* y *externus, banum* y *bannum*, y otros muchos á este tenor en nuestras lenguas.

Si por un momento suponemos que en los casos citados y todos los semejantes desaparecen las diferencias de escritura, nos hallaríamos con que un mismo signo representaría muchas palabras, que siendo completamente distintas, parecerían diversos significados de una sola; *cher*, p. ej., podría significar en francés querido, púlpito y carne al mismo tiempo. Esta confusión gráfica puede resultar ó de la deficiencia originaria de la escritura, ó de las alteraciones consecutivas de la misma, como sucedería en el ejemplo propuesto; en uno y otro caso es necesario recurrir al sistema de la *diferenciación por tonos*, supliendo con la entonación correspondiente á cada significación y palabra diversa, las deficiencias del vocablo gráficamente considerado. Y esto es lo que, en efecto, sucede en chino en tales casos; de suerte que han de contarse entonces por las entonaciones los diversas órdenes de palabras, cual si gráficamente tuviesen signos distintos.

Fuera de esto, cada una de las palabras diferenciadas por el tono, queda en la misma condición general ya indicada, como todas las demás que tienen signo gráfico peculiar. Es decir, que como *raíz*, tienen menos amplitud que las raíces arias, porque queda cada cual en su categoría de significacio-

nes, y como palabra tiene menos determinación que las indoeuropeas, porque es capaz de recibir los varios oficios de las partes de la oración en sus varias significaciones, lo que no sucede en los idiomas arios.

Como corolarios importantes en el asunto, se sigue en primer lugar que ha de atenderse más el sistema fonético chino que al sistema gráfico para distinguir los vocablos, y por lo mismo no ha de decirse que una palabra tiene tantas acepciones como aparecen significadas por el signo escrito, sino que éste representa tantas palabras como *entonaciones* recibe, y dentro de cada una, tantas acepciones como caben en palabras chinas escritas con signo individual. En segundo lugar se sigue, que la escritura china, no es en manera alguna ni causa ni punto de partida en la calificación de la lengua, pues independientemente de la escritura, encontramos que en chino no existe Morfología y que cada uno de los elementos que se juntan en la frase, sea que se aproximen unos á otros á la manera de nuestras palabras, sea que se representen separadamente, como sucede en su escritura propia, siempre será verdad que cada uno desempeña en la oración un oficio que no tiene fuera de ella, y que cualquiera que sea el grado de aproximación ó incorporación que se intente entre dichos elementos, nunca pasará de una acción de artificio mecánico, que ni hace que la *raíz principal* se modifique fonéticamente, ni que las demás *raíces* aproximadas sean modificadas, ni que dejen de ser en la mente del que habla y en el Diccionario vocablos independientes é indeterminados.

Las raíces arias *entran en la palabra* y crecen ó disminuyen en vocales y consonantes, mientras las raíces chinas *entran en la frase* para poder ser palabras, sin recibir ni causar modificaciones. Las raíces arias no se usan en el lenguaje ni aparecen como tales en el material léxico de nuestros idiomas; las palabras chinas, á la inversa, no aparecen léxicamente sino como *raíces*, ni se usan en el lenguaje sino contando con el carácter que tienen de tales, para ser determinadas extrínsecamente por otras. En las lenguas de flexión los elementos aglomerados á las raíces han perdido casi siempre su significación primitiva y literal, para adquirir otra que puede llamarse *formativa*, porque fundida con la raíz, viene á dar la forma

precisa de la idea, mientras en chino es difícil encontrar un monosílabo que habiendo perdido en absoluto su sentido literal, no conserve otro valor que el dicho formativo, y mucho menos que se haya amalgamado á la raíz que se intente determinar. En conclusión, podemos decir con el ilustre sinólogo A. Severini, que «el monosilabismo chino no puede colocarse en que todas sus palabras sean exclusivamente de una sola sílaba, sino en ser en primer lugar todos sus monosílabos palabras verdaderas (en el sentido general dicho) y no raíces (en el sentido indo-europeo), palabras verdaderas y no partículas formativas; ó en otros términos, en no tener constantemente incorporada á una formativa todas las voces radicales; en segundo lugar, está en la falta de composición eufónica ú orgánica, como quiera llamarse (1). El dicho de que «cada palabra es una raíz y cada raíz es una palabra ó como dice Max Müller *every word is a root, and every root is a word*, no es exacto si palabras y raíces se toman en el mismo sentido que en los idiomas arios, pues, como hemos dicho, no corresponden á unas ni á otras; pero es muy verdadero si se significa que el elemento determinado (palabra) y el determinable (raíz) tienen el mismo ser en la frase que fuera de ella (2).

(1) El mismo Severini (*Monosilabismo de la lingua cinese, Rivista Orientale*, ann. I), hace observar el cambio de forma á que tiende el lenguaje popular chino, comparado con el literario, confirmandose en ello la teoría de las fases: «Nel popolo, dice, fra le moltitudini dei parlanti, il monosillabismo non solo non apparisce, ma a rigore puo dirse che non sussista. Esso domina, esso fa di sé vera mostra, esso combatte le invadenti assimilazioni, esso richiama le menti alle origini etimologiche, nelle opere letterarie di maggior pregio.»

(2) Por lo que dejamos indicado podrán juzgarse las extremadas doctrinas que se han enseñado acerca del chino. Se ha sostenido con Schleicher y Steinthal que la ley de *posición* de las palabras es la forma casi obligada de entenderse en las lenguas isolantes; se ha afirmado con Remusat que los diversos elementos formaban la palabra china de la misma manera que la palabra aria, con la diferencia de que en chino se escriben separadamente aquellos, representándolos nosotros unidos, lo cual es el error opuesto al anterior; pues si aquel suprime sin razón el procedimiento de las palabras *vacías*, éste convierte en palabras *vacías*, las que son *llenas*, y en *afijos* raíces que distan inmensamente de serlo. Se ha clasificado al chino,

Como en las lenguas isolantes, las lenguas dichas aglutinantes ofrécese con una tendencia bien marcada en algunas de ellas á la flexión, y con ejemplos reales de esta forma lingüística según hemos dicho, aunque sin perder el tipo de la aglutinación que preside en general á la formación ordinaria de las palabras en este grupo de idiomas. Si las lenguas flexivas alteran fonéticamente raíz y afijos, reduciendo á estrecha unidad significación y sonido, las lenguas aglutinantes aglo-

con Humboldt, al lado de las lenguas indo-europeas, y se ha dicho con Steinthal, que ni aun dado el monosilabismo ario de la lengua primitiva, podría decirse monosilabismo como el del idioma chino; se ha enseñado, en fin, que el monosilabismo chino es la última etapa de la *deformación* de una lengua en su período *regresivo*, y se ha pretendido, por el contrario, que por su construcción puramente sintáctica, merece aquel idioma el primer lugar entre las lenguas *formales*, porque «revela una concepción de la *forma* bastante más profunda y espiritual que la de nuestras lenguas tan perfectamente flexivas.» He aquí las palabras de F. Müller (*Grundriss d. Sprachwissensch. I*): «Das Chinesische formt die unbestimmten Stoffwurzeln innerhalb des Satzes zu bestimmten concreten Wortformen durch die Worstellung, also ein rein syntaktisches Moment, was nach unserer ansicht eine viel tiefere, geistigere Auffassung der Form verräth, als sie selbst in unseren so vollendeten flectirenden Sprachen stattfindet.»

Tales opiniones en parte han sido olvidadas legítimamente, y en parte más ó menos corregidas; corrección que para ser exacta, debe tener por norma las observaciones que dejamos hechas. Sin ellas ó se va á parar á la ley de posición de raíces, como forma exclusiva del lenguaje chino, ó se da en la afirmación igualmente gratuita y errónea de algunos modernos que, reproduciendo doctrinas abandonadas, no encuentran diferencias entre el chino y cualquiera de las lenguas flexivas. Entre estos viene á colocarse un escritor español (Cejador, *El Lenguaje, sus transformaciones* etc. I), quien trata á toda costa de equilibrar los extremos lingüísticos, restando á las lenguas flexivas su carácter, y concediéndole al chino el que no tiene. Para lo primero confunde la *aglutinación* como concepto genérico, ó reunión de varios elementos diversos, indispensable en todo sintetismo glotológico con la forma *aglutinante* (aglutinación en cuanto se contrapone á la *flexión*) y con la forma flexiva (lenguas de flexión en cuanto se contraponen á la aglutinación). De este modo, y porque en el primer sentido las lenguas caen dentro de la aglutinación de una misma manera, deduce que igualmente en el segundo sentido los idiomas flexivos y aglutinantes, se reducen á la *aglutinación*. Lo cual equivaldría á decir en otra mate-

meran los varios elementos significativos cerca de una raíz principal, conservando ésta intacta, y limitando á aquellos las alteraciones fonéticas; con lo cual vienen á ocupar el lugar intermedio atrás señalado, entre las lenguas monosilábicas, que no alteran ninguno de sus elementos, y las flexivas que pueden alterarlos todos. Declinando, p. ej., en turco la palabra *Hekim* (doctor), tendremos en singular *Hekimun* (gen.), *Hekimdan* (ablat.), y en plural, *Hekimlarung* (gen.), *Hequinlar-*

ria, que por cuanto el concepto genérico de la *vida* se halla en las diversas especies de *vida* y se aplica á todos los órdenes de vivientes (vegetales, animales, espirituales), es necesario concluir que todos ellos se reducen á vivir una vida misma. Con esta forma de argumentación, desaparecerían del mundo metafísico y del mundo físico, las especies y los individuos, para dar exclusiva existencia á los géneros, que á su vez lógicamente pudieran resumirse en el *ser trascendente*, sin diferencias.

Para lo segundo, ó sea para llevar el chino á la aglutinación, hace consistir toda la independencia y aislamiento de sus vocablos en el modo de escribirlos; como si el sistema gráfico tuviese la menor conexión con el modo de ser morfológico, ó la razón de aislamiento léxico, fonético y de construcción que tienen los vocablos chinos, y de que hemos hablado arriba, se salvara en un momento con escribirlos de otra forma. No ya escribiendo el chino del modo europeo actual, sino transcribiéndolo á la manera antigua, sin interrupciones, ó del mismo modo que el sánscrito, nadie habría que, conociéndole siquiera fuese someramente, pensase de su naturaleza otra cosa que lo que actualmente se juzga con el sistema gráfico que tiene; de igual suerte que nadie juzga que el griego, p. ej., tuviese otra naturaleza por escribirse antiguamente sus palabras sin separaciones, diversa de la que presenta desde que se han separado. Jamás la escritura fué, es, ni será razón de un sistema gramatical, siquiera pueda reflejar su espíritu y detener las transformaciones de la lengua; nadie tampoco puede decir que los motivos en que se funda la doctrina que sostenemos, y que hemos aducido, no afectan más que á la escritura del chino; por consiguiente es muy ineficaz y peregrino recurso el de intentar allanar por ese camino las dificultades que ya Remusat no pudo vencer por igual procedimiento.

Decir en confirmación de la misma tesis, como hace el escritor aludido, que "la composición y el uso de las partículas son (en chino), nuestra composición y nuestra flexión," y añadir luego que "la posición en la frase y las partículas determinativas concretan el valor gramatical de la raíz, que de suyo, cierto, nada es gramatical ó morfológicamente," es incurrir en la inevitable contradicción en que realmente están la verdad de los hechos con la teoría á que in-

dan (ablat.); donde se ve que *Hekim* permanece independiente y sin modificaciones, pudiendo separarse de los elementos modificativos, y tener significación aisladamente. Lo mismo sucede en la conjugación: de la raíz *bak*, vigilar, añadiéndole *mak*, resulta el infinitivo *bak-mak*, vigilar; introduciendo *il* entre *bak-mak*, tendremos el infinitivo pasivo *bak-il-mak*, ser vigilado; poniendo *ma* entre *bak-mak*, se significa la negación, *bak-ma-mak*, no vigilar; de igual suerte se obtienen,

tentan ajustarse. En donde se da nuestra composición y nuestra flexión, allí se da el ser gramatical y morfológico peculiar á cada parte de la oración; en donde se da la raíz china (que es morfológicamente la palabra misma) allí nada hay gramatical ni morfológico peculiar á palabra alguna, porque la indeterminación de la palabra es la misma de la raíz.

Decir además que es erróneo afirmar "que la raíz no pertenezca á ninguna categoría gramatical de nombre, adjetivo, verbo" porque la posición en la frase y partículas le dan valor determinado, como "sucede igualmente en nuestras lenguas: *am* vale *amar*, pero ni es verbo, ni nombre, ni adjetivo, hasta que no le añadamos algún sufijo determinativo, *am-as*, *am-ar*, *am-or*," es incurrir en inexactitudes graves, que lejos de favorecer el intento, llevan á deducir lo contrario. En primer lugar, jamás una raíz de las lenguas flexivas se convierte en palabra sólo por la posición en la frase; en chino, al contrario, por la posición en la frase, la raíz sin inmutación alguna, se convierte en palabra; en segundo lugar, jamás las categorías de nombre, adjetivo ó verbo en la palabra flexiva penden de la voluntad ordenadora del que habla, sino que las supone gramaticalmente constituidas; á la inversa en la palabra china, cuyas categorías no se suponen sino que se producen en la locución; en tercer lugar, la raíz de las lenguas arias no tiene existencia fuera de la palabra, ni la palabra pasa á ser raíz fuera de la frase, sino que en ella y fuera de ella consérvese en la categoría que le pertenece; lo opuesto acontece en chino, cuyas palabras se convierten en raíces con sólo aislarlas del discurso, y por lo mismo tienen las raíces habitual existencia fuera de palabras. De todo lo cual resulta, que ni las raíces chinas ofrecen nuestras categorías gramaticales, ni nuestras palabras son comparables á sus palabras, ni sus raíces á las de nuestros idiomas. En *am-ar*, *am-or* separamos por análisis lo que para nosotros no está separado ni hablando es separable; un chino, á la inversa, trataría de juntar ambos elementos separables y separados, para hablar. En otro caso, utilizaría la ley de posición de raíces, que para nosotros no existen: *ngò tà ni*, p. ej., significa "yo te hiero" (lit. yo hiero á tí), y *ni tà ngó* significa "tu hieres á mí." Todo ello se confirma por lo que arriba dejamos dicho sobre el asunto, por

bak-a-ma-mak, ser imposible de vigilar; *bak-dir-mak*, hacer vigilar, *bak-ist-mak*, vigilarse uno á otro; *bak-is-dir-mak*, hacer que se vigile uno á otro, etc. En el decurso de la conjugación, aparece la misma independencia del elemento principal, y salvo pocas excepciones, es muy fácil distinguir la raíz y el afijo: *bakar-im* (yo miro), *bakar-sin* (tu miras), *bakar* (el mira); plur. *bakar-iz* (nosotros miramos), *bakar-siniz*, (vosotros mirais), *bakar-lar* (ellos miran), etc. De modo análogo se aglu-

donde consta también en que sentido se debe hablar de *monosilabismo*, y que significa la fórmula "toda palabra china es raíz y toda raíz es palabra."

Conviene notar aquí que la noción de "palabra" que con G. Ayuso acepta Cejador, no es exacta. "Palabra, dicen, es un sonido ó grupo de sonidos que expresan una idea completa;" si en esta definición la "idea" se toma en sentido rigurosamente lógico, la definición abarca más que lo definido, porque la *raíz* es un sonido que expresa en esa forma una idea completa; si se toma en sentido amplio en cuanto se *supone una relación determinada* en la palabra, en ese caso peca al mismo tiempo por exceso y por defecto; por exceso, porque la *frase*, que es un grupo de sonidos, expresa la idea completa en una relación determinada; por defecto, porque muchas partes del discurso (sin contar el *artículo*, que es simple indicador de ideas) no expresan ideas, sino *relaciones*, ó sea la dependencia mutua de cosas ó cualidades, y sin embargo, son verdaderas palabras con significación propia, con forma propia, con definición peculiar, y que constituyen partes gramaticales del discurso y de la oración. Estas palabras que expresan relaciones, "cuando enuncian, como dice Hermosilla (*Princip. de Gram. gen.*) las que existen entre ideas sueltas, se llaman *preposiciones* si están explícitas, y *adverbios* cuando se hallan como embebidas en otro término, v. gr., "amar tiernamente," que equivale á "amar *con ternura*" etc., y, finalmente, se denominan *conjunciones* cuando pueden expresar una relación abstracta no sólo entre dos ideas, sino entre dos pensamientos." No puede, pues, aceptarse tal concepto de palabra, como no es admisible por los mismos motivos, otro análogo que expone Sayce, para sostener la tesis de que las lenguas comienzan por las frases, no por las palabras, de la cual hemos hablado en otro lugar. La palabra no es otra cosa, según lo ya expuesto (c. IV), que un *sentido ó valor significativo determinado, en una forma oral singular y propia*. Por el *valor significativo*, son palabras todas las partes de la oración desde la *conjunción copulativa* hasta el *verbo* en todas sus formas, y hasta la *interjección* que resuma una oración; porque así como puede haber palabras que no ofrezcan ideas completas, pueden darse otras que incluyan varias ideas, como pueden

tinan los pronombres posesivos á los sustantivos: *baba*, padre, hace *baba-m*. mi padre; *ana*, madre, hace *ana-niz*, vuestra madre; *agha*, señor, hace *agha-n*, tu señor, etc. El fondo general de esta fusión imperfecta de elementos, forma el carácter del grupo aglutinante; éste con las variantes de una flexión incipiente ó de una flexión ya perfecta en algunos casos, á que hemos aludido en otro lugar, confirma la verosimilitud de una transición posible de la aglutinación á la

darse varias palabras que no basten reunidas para un pensamiento. En cuanto *forma oral*, se excluye de la categoría de palabra todo otro medio significativo; en cuanto *forma singular*, se excluye la *frase*, que es forma oral significativa, pero incluye pluralidad de vocablos; en cuanto *forma propia*, se excluye todo género de afijos, que, en cuanto tales la han perdido, subordinándola á una raíz, y se excluyen los elementos materiales de la raíz, que, en cuanto tales, están ordenados á formar la palabra.

Según esto, lo que es una palabra en una lengua, pueden ser dos ó más en otra, como la palabra que no representa una idea perfecta en un idioma, puede significarla completa en otro; esto último está bien claro en las palabras que hemos dicho expresan simplemente relación, pues nuestras *preposiciones*, *adverbios* y *conjunciones*, pertenecieron originariamente á otras categorías gramaticales expresivas de ideas y de cualidades. Lo primero es también evidente; cuando decimos: *del hombre, al hombre* etc., tenemos dos palabras, que en latín se convierten en una: *hominis, homini*, etc. *Victus erat* en latín constituye dos palabras como en castellano, *era vencido*. Ni se diga por esto que el español y el latín se pueden equiparar al chino, porque necesitarían así aquellas lenguas como ésta, varias palabras para expresar un concepto; pues, en primer lugar, en chino no sólo se necesitan varias palabras para expresar un concepto, sino que se necesitan primero varias raíces para formar la palabra; en segundo lugar, en español, latín, etc., sean muchas ó pocas las palabras que se necesiten para un pensamiento, todas son en sí mismas de significación y forma fija, á la inversa de lo que sucede en chino; en tercer lugar, es falso que en los ejemplos propuestos, en todos los que se refieran al juego de la declinación, conjugación y en otros que inliquen *relación*, se trate de la simple enunciación de un concepto mediante varias palabras; cuando digo *del hombre*, expreso dos ideas en otras tantas palabras (que pudieran encerrarse en una sola, como en latín, *hominis*); una de *propiedad* que indica el genitivo, y otra la del sujeto *hombre*. Esto mismo sucede en *victus erat*, en orden á la *acción* y al *tiempo*, y acontece en el conjunto de toda declinación nominal ó verbal. Los gramáticos griegos notaron bien esto, cuando decían que los modos verbales